

*"La compasión
del samaritano:
amar llevando
el dolor del otro"*



**34° Jornada Mundial de Oración
por los Enfermos**
11 de febrero de 2026

Presentación

Queridos hermanos

La XXXIV Jornada Mundial de Oración por los Enfermos se celebra como un momento especial para la Iglesia y para toda la humanidad, invitándonos a profundizar en la atención, el acompañamiento y la oración por quienes sufren a causa de la enfermedad.

Esta jornada surge como una oportunidad para renovar nuestro compromiso de llevar consuelo, esperanza y caridad a los enfermos, recordando que en cada uno de ellos está presente el rostro de Cristo sufriente. La oración comunitaria y personal en esta fecha fortalece nuestra fe y sensibilidad pastoral hacia quienes más necesitan nuestro amor y cuidado.

Para el año 2026, el papa León XIV nos invita a profundizar en el misterio de la compasión a través del tema que ha propuesto “La compasión del samaritano: amar llevando el dolor del otro”. El Papa nos exhorta a mirar con ojos de compasión, siguiendo el ejemplo del samaritano, que no se limita a sentir lástima, sino que actúa con amor concreto, acompañando y aliviando el dolor del prójimo.

En esta perspectiva, la llamada es a no dejar solos a los enfermos, a comprender que el verdadero amor implica una entrega generosa y a compartir la carga del sufrimiento con solidaridad y ternura. La compasión así entendida es un compromiso activo que transforma nuestra actitud frente al dolor.

Obras Misionales Pontificias (OMP) en Venezuela con el servicio de la Agrupación Misionera de Enfermos y Adultos Mayores (AMDEAM), en alianza con la Asociación Venezolana de Servicios de Salud de Orientación Cristiana (AVESSOC), ha dispuesto de este subsidio, esperando sea de gran utilidad para las diferentes actividades y celebraciones que se tengan previstas en el marco de esta Jornada de oración y acompañamiento del enfermo.

Mensaje del santo padre León XIV para la XXXIV Jornada Mundial del Enfermo

La compasión del samaritano: amar llevando el dolor del otro

Queridos hermanos y hermanas:

La XXXIV Jornada Mundial del Enfermo se celebrará solemnemente en Chiclayo, Perú, el 11 de febrero de 2026. Por este motivo, he querido proponer de nuevo la imagen del buen samaritano, siempre actual y necesaria para redescubrir la belleza de la caridad y la dimensión social de la compasión, para poner la atención en los necesitados y los que sufren, como son los enfermos.

Todos hemos escuchado y leído este conmovedor texto de san Lucas (cf. Lc 10,25-37). A un doctor de la ley que le pregunta quién es el prójimo al que debe amar, Jesús le responde contando una historia: un hombre que viajaba de Jerusalén a Jericó fue asaltado por ladrones y abandonado casi muerto; un sacerdote y un levita pasaron de largo, pero un samaritano se compadeció de él, vendó

sus heridas, lo llevó a una posada y pagó para que lo cuidaran. He deseado proponer la reflexión de este pasaje bíblico con la clave hermenéutica de la Encíclica *Fratelli tutti*, de mi querido predecesor el Papa Francisco, donde la compasión y la misericordia hacia el necesitado no se reducen a un mero esfuerzo individual, sino que se realizan en la relación: con el hermano necesitado, con quienes lo cuidan y, fundamentalmente, con Dios que nos da su amor.

1. El regalo del encuentro: la alegría de dar cercanía y presencia

Vivimos inmersos en la cultura de lo rápido, de lo inmediato, de las prisas, así como también del descarte y la indiferencia, que nos impide acercarnos y detenernos en el camino para mirar las necesidades y los sufrimientos a nuestro alrededor. La parábola narra que el samari-

tano al ver al herido no “pasó de largo”, sino que tuvo para él una mirada abierta y atenta, la mirada de Jesús, que lo llevó a una cercanía humana y solidaria. El samaritano «se detuvo, le regaló cercanía, lo curó con sus propias manos, puso también dinero de su bolsillo y se ocupó de él. Sobre todo [...] le dio su tiempo». [1] Jesús no enseña quién es el prójimo, sino cómo hacerse prójimo, es decir, cómo volvernos nosotros cercanos. [2] Al respecto, podemos afirmar con san Agustín que el Señor no quiso enseñar quién era el prójimo de aquel hombre, sino a quién debía él hacerse prójimo. Pues nadie es prójimo de otro sino cuando se acerca voluntariamente a él. Así pues, se hizo prójimo aquel que mostró misericordia. [3]

El amor no es pasivo, va al encuentro del otro; ser prójimo no depende de la cercanía física o social, sino de la decisión de amar. Por eso, el cristiano se hace prójimo del que sufre, siguiendo el ejemplo de Cristo, el verdadero Samaritano divino que

se acercó a la humanidad herida. No son meros gestos de filantropía, sino signos en los que se puede percibir que la participación personal en los sufrimientos del otro implica el darse a sí mismo, supone ir más allá de cubrir necesidades, para llegar a que nuestra persona sea parte del don. [4] Esta caridad se alimenta necesariamente del encuentro con Cristo, que por amor se entregó por nosotros. San Francisco lo explicaba muy bien cuando, hablando de su encuentro con los leprosos, decía: «El Señor me llevó hasta ellos», [5] porque a través de ellos había descubierto la dulce alegría de amar.

El regalo del encuentro nace del vínculo con Jesucristo, al que identificamos como el buen samaritano que nos ha traído la salud eterna, y al que hacemos presente cuando nos inclinamos ante el hermano herido. San Ambrosio decía: «Puesto que nadie es tan verdaderamente nuestro prójimo como el que ha curado

nuestras heridas, amémoslo viendo en él a nuestro Señor, y querámosle como a nuestro prójimo; pues nada hay tan próximo a los miembros como la cabeza. Y amemos también al que es imitador de Cristo, y a todo aquel que se asocia al sufrimiento del necesitado por la unidad del cuerpo». [6] Ser uno en el Uno, en la cercanía, en la presencia, en el amor recibido y compartido, y gozar, así como san Francisco, de la dulzura de haberlo encontrado.

2. La misión compartida en el cuidado de los enfermos

Prosigue san Lucas diciendo que el samaritano “se conmovió”. Tener compasión implica una emoción profunda, que mueve a la acción. Es un sentimiento que brota del interior y lleva al compromiso con el sufrimiento ajeno. En esta parábola, la compasión es el rasgo distintivo del amor activo. No es teórica ni sentimental, se traduce en gestos concretos; el samaritano se acerca, cura, se hace cargo y cuida.

Pero atención, no lo hace solo, individualmente, «el samaritano buscó un posadero que pudiera cuidar de ese hombre, al igual que nosotros estamos llamados a invitar y a reunirnos en un “nosotros” que sea más fuerte que la suma de pequeñas individualidades». [7] Yo mismo he constatado, en mi experiencia como misionero y obispo en Perú, cómo muchas personas comparten la misericordia y la compasión al estilo del samaritano y el posadero. Los familiares, los vecinos, los operadores sanitarios, los agentes de pastoral sanitaria y tantos otros que se detienen, se acercan, curan, cargan, acompañan y ofrecen de lo suyo, dan a la compasión una dimensión social. Esta experiencia, que se realiza en un entramado de relaciones, supera el mero compromiso individual. De este modo, en la Exhortación apostólica *Dilexite* no sólo me he referido al cuidado de los enfermos como una “parte importante” de la misión de la Iglesia, sino como una auténtica «acción

eclesial» (n. 49). En ella citaba a san Cipriano para ver cómo en esa dimensión podemos verificar la salud de nuestra sociedad: «Esta epidemia que parece tan horrible y funesta pone a prueba la justicia de cada uno y examina el espíritu de los hombres, verificando si los sanos sirven a los enfermos, si los parientes se aman sinceramente, si los señores tienen piedad de los siervos enfermos, si los médicos no abandonan a los enfermos que imploran». [8]

El ser uno en el Uno supone sentirnos verdaderamente miembros de un cuerpo en el que llevamos, según nuestra propia vocación, la compasión del Señor por el sufrimiento de todos los hombres. [9] Es más, el dolor que nos conmueve, no es un dolor ajeno, es el dolor de un miembro de nuestro propio cuerpo al que nuestra Cabeza nos manda acudir para el bien de todos. En ese sentido se identifica con el dolor de Cristo y, ofrecido cristianamente, acelera el cumplimiento de la plegaria del mismo Salvador por la unidad de todos. [10]

3. Movidos siempre por el amor a Dios, para encontrarnos con nosotros mismos y con el hermano.

En el doble mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo» (Lc 10,27), podemos reconocer el primado del amor a Dios y su consecuencia directa con la forma de amar y relacionarse del hombre en todas sus dimensiones. «El amor al prójimo representa la prueba tangible de la autenticidad del amor a Dios, como asevera el apóstol Juan: “Nadie ha visto nunca a Dios: si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y el amor de Dios ha llegado a su plenitud en nosotros. [...] Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios permanece en él” (1 Jn 4,12.16)». [11] Aunque el objeto de ese amor sea distinto: Dios, el prójimo y uno mismo, y, en ese sentido, los podemos entender como

amores distintos, estos son siempre inseparables. [12] El primado del amor divino conlleva que la acción del hombre sea realizada sin interés personal ni recompensa, sino como manifestación de un amor que trasciende las normas rituales y se traduce en un culto auténtico: servir al prójimo es amar a Dios en la práctica. [13]

Esta dimensión también nos permite contrastar lo que significa amarse a sí mismo. Supone alejar de nosotros el interés de cimentando nuestra autoestima o el sentido de nuestra propia dignidad en estereotipos de éxito, carrera, posición o linaje [14] y recuperar nuestra propia posición ante Dios y ante el hermano. Decía Benedicto XVI que «la criatura humana, en cuanto de naturaleza espiritual, se realiza en las relaciones interpersonales. Cuanto más las vive de manera auténtica, tanto más madura también en la propia identidad personal.

El hombre se valoriza no aislándose sino poniéndose en relación con los otros y con Dios». [15]

Queridos hermanos y hermanas, «el verdadero remedio para las heridas de la humanidad es un estilo de vida basado en el amor fraterno, que tiene su raíz en el amor de Dios». [16] Deseo vivamente que no falte nunca en nuestro estilo de vida cristiana esta dimensión fraterna, “samaritana”, incluyente, valiente, comprometida y solidaria que tiene su raíz más íntima en nuestra unión con Dios, en la fe en Jesucristo. Encendidos por ese amor divino, podremos realmente entregarnos en favor de todos los que sufren, especialmente por nuestros hermanos enfermos, ancianos y afligidos.



Elevemos nuestra oración a la Bienaventurada Virgen María, Salud de los Enfermos; pidamos su ayuda por todos los que sufren, los necesitados de compasión, escucha y consuelo, y supliquemos su intercesión con esta antigua oración, que se rezaba en familia por quienes viven en la enfermedad y en el dolor:

Dulce Madre, no te alejes,
tu vista de mí no apartes.
Ven conmigo a todas partes y
nunca solo me dejes.

Ya que me proteges tanto
como verdadera Madre, Haz
que me bendiga el Padre, el
Hijo y el Espíritu Santo.

Imparto de corazón mi bendición apostólica a todos los enfermos, a sus familiares y a quienes los cuidan, a los trabajadores del ámbito sanitario, a los agentes de pastoral de la salud y muy especialmente a quienes participan en esta Jornada Mundial del Enfermo.

Vaticano, 13 de enero de 2026



@Vatican Media

LEÓN PP. XIV

Lectio Divina

Lucas 10, 25-37 (El Buen Samaritano)

Leamos la Palabra de Dios

Invocación al Espíritu Santo

(se hace un canto o una oración para pedir la iluminación del Espíritu Santo).

Lucas 10, 25-37

Un maestro de la Ley, que quería ponerlo a prueba, se levantó y le dijo: «Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?»

Jesús le dijo: «¿Qué está escrito en la Escritura? ¿Qué lees en ella?»

El hombre contestó: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo.»

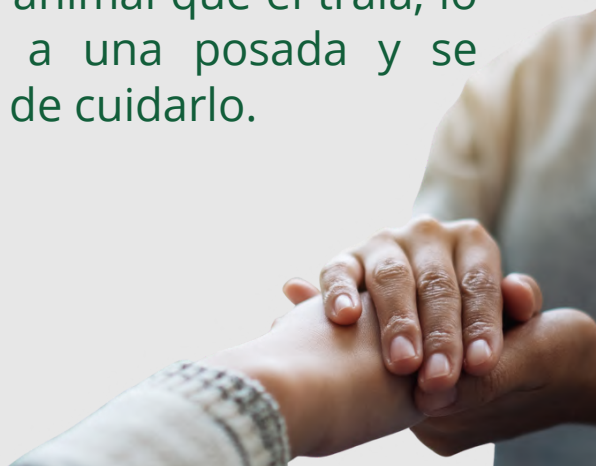
Jesús le dijo: «¡Excelente respuesta! Haz eso y vivirás.»

El otro, que quería justificar su pregunta, replicó: «¿Y quién es mi prójimo?»

Jesús empezó a decir: «Bajaba un hombre por el camino de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos bandidos, que lo despojaron hasta de sus ropas, lo golpearon y se marcharon dejándolo medio muerto.

Por casualidad bajaba por ese camino un sacerdote; lo vió, tomó el otro lado y siguió. Lo mismo hizo un levita que llegó a ese lugar: lo vio, tomó el otro lado y pasó de largo.

Un samaritano también pasó por aquel camino y lo vio; pero éste se compadeció de él. Se acercó, curó sus heridas con aceite y vino y se las vendó; después lo montó sobre el animal que él traía, lo condujo a una posada y se encargó de cuidarlo.



Al día siguiente sacó dos monedas y se las dio al posadero diciéndole: «Cuídale, y si gastas más, yo te lo pagaré a mi vuelta.»

Jesús entonces le preguntó: «Según tu parecer, ¿cuál de estos tres fue el prójimo del hombre que cayó en manos de los salteadores?»

El maestro de la Ley contestó: «El que se mostró compasivo con él.»

Y Jesús le dijo: «Vete y haz tú lo mismo.»

Lee despacio el relato de Jesús el Buen Samaritano.

Observa cómo un experto en la Ley plantea una pregunta y cómo Jesús le responde con la parábola.

Meditemos la Palabra de Dios

En la celebración de la XXXIV Jornada Mundial de Oración por los enfermos reflexiona desde esta parábola y la invitación que se nos hace.

Profundiza sobre la actitud de cada personaje: el sacerdote y el levita, que por miedo o prejuicio pasan de largo, y el samaritano que se compadece y se compromete a cuidar del hombre, incluso con esfuerzos y gastos personales.

Reflexiona sobre el texto y su significado. Pregúntate:

- ¿Qué me dice el texto sobre el amor al prójimo y la compasión?
- ¿Cómo actúan los diferentes personajes de la parábola? ¿Qué me llama la atención?
- ¿Quién son hoy “los heridos” y cómo me desafía a mí esta historia a servirlos?
- ¿De qué manera el samaritano representa el amor activo y misericordioso que Jesús nos quiere enseñar?

Oremos con la Palabra de Dios

Dirígete a Dios con un corazón abierto, pidiendo la gracia para ser como el samaritano: capaz de ver el sufrimiento de los demás con compasión y actuar con amor concreto. Agradece la llamada de Jesús que nos lleva a vivir la misericordia, y ofrece tus propios esfuerzos para aliviar el dolor de los demás.

La oración es un diálogo donde pedimos al Espíritu Santo que nos transforme para que nuestro amor sea real y efectivo, y demos pasos concretos hacia quienes necesitan nuestro cuidado y presencia.

Algunas ideas para la oración:

- Pide a Dios la gracia para abrir el corazón a la compasión, especialmente hacia quienes sufren y están marginados.
- Ofrece tus propias heridas y las de otros al Señor, para que las toque con su amor sanador.
- Súmale una intención por quienes cuidan a los enfermos y necesitan fortaleza para su servicio.
- Agradece el ejemplo del buen samaritano y el llamado a “hacer lo mismo” en la vida cotidiana.



Actuemos guiados con la Palabra de Dios

En este momento volvemos al aquí y al ahora, nos preguntamos qué acciones concretas nos impulsa la Palabra que hemos leído, meditado y contemplado.

Imagina ser tú quien ayuda al necesitado, dejando que el amor y la compasión sean la fuerza que guía tus acciones.

Abre tu corazón para vivir la compasión del samaritano en el día a día.

¿A qué me comprometo conmigo mismo, con la comunidad cristiana y el Señor para vivir la compasión en mi día a día?

La lectio divina puede terminar con la oración de Jesús Buen Samaritano y un canto apropiado.

Oración Jesús Buen Samaritano

Señor Jesús, Buen Samaritano que pasaste por el camino de nuestra vida herida y nos atendiste con misericordia infinita, concédenos ojos para ver al hermano necesitado a nuestro lado, corazón para detenernos ante su dolor y manos para vendar sus llagas.

Ayúdanos a amar sin prejuicios, como el samaritano que cuidó al caído, y a ser prójimo de todo el que sufre, siguiendo tu ejemplo de entrega total.

Amén.



Consagración del enfermo

El acto de consagración a Dios del enfermo misionero es una opción personal que le invita a ofrecer todo su ser como signo de la cooperación espiritual, descubriendo en la enfermedad y el dolor, la misión como camino de santidad. El enfermo se compromete así a la oración con confianza, alegría, esperanza y disposición a cumplir la voluntad de Dios en este año.

Según la condición de cada persona, este acto de consagración se puede realizar en el lugar donde se encuentre: hogar, hospital, casa de reposo. Es un momento oportuno para invitar a familiares y amigos.

Donde sea posible, se puede invitar al sacerdote para que en unión a los familiares y amigos sea testigo de la consagración. La invitación al sacramento de la confesión y la comunión es un regalo de misericordia para todos.

Compromisos

- Por las Intenciones del Santo Padre el papa León XIV.
- Por los misioneros del mundo entero, especialmente por los que se encuentran en tierras de misión.
- Por las misiones que sostiene la Iglesia universal.

Lector: Querido(a) (**nombre de quien se va a consagrar**), familiares y amigos aquí reunidos: Sean bienvenidos a participar en este momento de oración, para acompañar a nuestro hermano(a) (**nombre de quien se va a consagrar**), que libre y públicamente opta por consagrar a Dios su vida en la enfermedad y sufrimiento a favor del sostenimiento de la misión a

Consagración del enfermo

través de la Cooperación Misionera Espiritual en la Agrupación Misionera de Enfermos y Adultos Mayores, AMDEAM.

De pie (*se sugiere un canto inicial*).

Del santo evangelio según san Mateo 8, 14-17

En aquel tiempo, Jesús fue a casa de Pedro; allí encontró a la suegra de éste en cama, con fiebre. Jesús le tocó la mano y se le pasó la fiebre. Ella se levantó y comenzó a atenderlo. Al atardecer le llevaron muchos endemoniados. Él expulsó a los espíritus malos con una sola palabra, y sanó también a todos los enfermos. Así se cumplió lo que había anunciado el profeta Isaías: Él tomó nuestras debilidades y cargó con nuestras enfermedades. Palabra del Señor.

Rito de consagración:

Lector: Querido hermano(a) al recibir esta Cruz como signo de unión a Cristo en el dolor y el sufrimiento de la enfermedad, te comprometes a vivir tu vocación misionera con fidelidad en la Cooperación Misionera Espiritual expresada principalmente en la oración a través del santo Rosario Misionero, con confianza, alegría, esperanza y disposición a cumplir la voluntad de Dios en este momento de gracia.

Lector: De Cristo serás Misionero.

Consagrado(a): Oraré por el mundo entero.



(Entrega de las cruces)

Oración: Dios nuestro, cuya providencia dirige cada momento de nuestra vida, recibe las súplicas y las ofrendas con que imploramos tu misericordia para que por intercesión de tus siervas santa Teresita del Niño Jesús y Margarita Godet, la preocupación de ahora por su enfermedad, se convierta pronto en gozo por su salud. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Lector: Al concluir este piadoso momento de consagración personal a Dios en favor del sostenimiento de la misión a través de la Cooperación Misionera Espiritual en la Agrupación Misionera de Enfermos y Adultos Mayores, AMDEAM, los animamos a todos compartir la alegría de la vida y anunciar hasta los confines de la tierra su gracia y su misericordia.

Oración final: Bajo tu amparo nos acogemos santa Madre de Dios, no desprecies las oraciones que te hacemos en nuestras necesidades, antes bien, líbranos de todos los peligros, oh Virgen gloriosa y bendita. Ruega por nosotros, santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo. Amén.



Guion para la Eucaristía



Monición de entrada:

Queridos hermanos.

Hoy nos reunimos para celebrar la XXXIV Jornada Mundial de Oración por los Enfermos, llamados a contemplar el rostro de Cristo, el Buen Samaritano, que se acerca con amor y compasión a quienes sufren en cuerpo y alma.

Además, hoy celebramos la memoria de Nuestra Señora de Lourdes, patrona de los enfermos y de los que cuidan. Ella, que se reveló como Madre llena de ternura y compasión, nos acompaña e inspira a ser signos vivos del consuelo y la esperanza que Cristo ofrece a quienes cargan con el sufrimiento. Que su ejemplo nos ayude a ser verdaderos samaritanos en nuestra comunidad y en el mundo.

Que esta Eucaristía nos mueva a ser signo de cercanía y solidaridad con quienes viven la enfermedad, ofreciendo nuestro servicio y nuestra oración.

De pie recibimos a quien preside.

Monición para las lecturas

La Palabra de Dios nos invita a contemplar la ternura y la misericordia que deben caracterizar nuestra manera de servir y acompañar a quienes sufren. Isaías nos habla de un Dios que consuela y fortalece y el Evangelio de Juan nos recuerda cómo María intercede por los necesitados y cómo Jesús trae la esperanza transformando nuestras vidas. Escuchemos con atención.

Primera Lectura

Isaías 66, 10-14c

¡Alégrense con Jerusalén,
llénense de gozo con ella,
todos los que la aman!
Alegrense con ella, todos los
que por ella llevaban luto.
Porque ella los alimentará de
sus consuelos hasta que
queden satisfechos. Porque
yo, el Señor, digo: Yo haré que
la paz venga sobre ella como
un río, y las riquezas de las
naciones como un torrente
desbordado.

Ella los alimentará a ustedes,
los llevará en sus brazos y los
acariciará sobre sus rodillas.
Como una madre consuela a
su hijo, así los consolaré yo a
ustedes, y encontrarán el
consuelo en Jerusalén.
Cuando ustedes vean esto, su
corazón se alegrará; su cuerpo
se renovará como la hierba.

Palabra de Dios

Salmo Responsorial

Salmo 131

R/ Tú eres la honra de nuestro
pueblo.

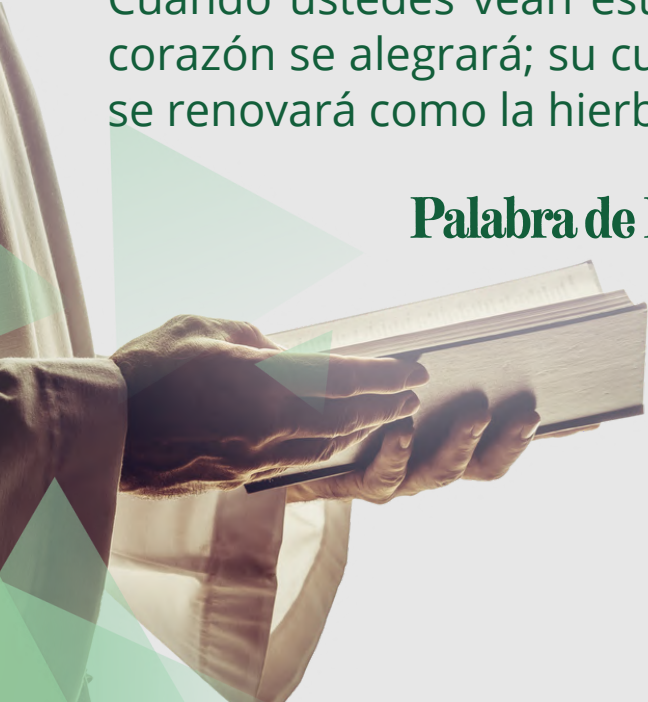
Que el Altísimo te bendiga,
más que a todas las mujeres
de la tierra,
Bendito el Señor, creador de
cielo y tierra. **R.**

Hoy el Señor te ha
engrandecido tanto,
que no dejarán de alabarte
aquellos hombres
que se acuerden en la tierra
del poder de Dios. **R.**

Evangelio

Juan 2, 1-11

Al tercer día hubo una boda
en Caná, un pueblo de Galilea.
La madre de Jesús estaba allí,
y Jesús y sus discípulos fueron
también invitados a la boda.
Se acabó el vino, y la madre de
Jesús le dijo: «Ya no tienen
vino». Jesús le contestó:
«Mujer, ¿por qué me dices
esto? Todavía no ha llegado mi
hora». Su madre dijo a los
sirvientes: «Hagan todo lo que
él les diga».



Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, que contenían cada una entre ochenta y ciento veinte litros. Jesús les dijo: «Llenen las tinajas de agua». Y las llenaron hasta el borde. «Saquen ahora y llévenlo al encargado del banquete», les dijo. Ellos lo llevaron.

Y cuando el encargado probó el agua convertida en vino — sin saber de dónde venía, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua— llamó al novio y le dijo: «Todo el mundo sirve primero el mejor vino, y cuando los invitados ya han bebido bastante, entonces se sirve el vino corriente. Pero tú has guardado el mejor vino hasta ahora». Esto que hizo Jesús en Caná de Galilea fue la primera señal milagrosa con la cual mostró su gloria; y sus discípulos creyeron en él.

Palabra del Señor

Oración de los fieles

- Por la Iglesia, para que sea siempre signo visible del amor del Buen Samaritano en el mundo, acercándose con ternura y cuidado a los enfermos y vulnerables. **Roguemos al Señor.**
- por el Papa, quien con su liderazgo y ejemplo nos invita a vivir con misericordia y compasión, siguiendo el camino del Buen Samaritano. Que su deseo de cuidar y acompañar a los enfermos y vulnerables sea una inspiración para toda la humanidad. **Roguemos al Señor**
- Por los enfermos, especialmente aquellos que sufren en soledad, pobreza o abandono, para que encuentren consuelo, esperanza y fuerza en el Señor que los acompaña. **Roguemos al Señor**

- Por todos los misioneros que, como el Buen Samaritano, se acercan con amor y compasión a los que sufren, llevando el consuelo de tu palabra y la fuerza de tu Espíritu, que su entrega generosa sea un signo de luz y esperanza para las comunidades más necesitadas. **Roguemos al Señor.**

- Por los familiares, voluntarios y profesionales que cuidan con dedicación a los enfermos, para que su entrega sea fuente de bendición y alegría para sus comunidades. **Roguemos al Señor.**

- Por nuestras comunidades, para que aprendamos a amar con gestos concretos que llevan el dolor del otro, transformando la compasión en obras de misericordia. **Roguemos al Señor.**

Procesión de ofrendas

Presentamos nuestro amor y solidaridad a los enfermos, siguiendo el ejemplo del Buen Samaritano que se acerca con misericordia y ternura al que sufre.

Luz: Como presencia de Cristo y el llamado a la compasión activa, en consonancia con el tema de la jornada. Nos recuerda el amor que nos guía para ser como el Buen Samaritano, acercándonos con ternura y esperanza a quienes sufren.

Flores y alimentos: Presentamos ahora estas flores y alimentos, símbolos de nuestra cercanía y solidaridad con quienes sufren la enfermedad y la fragilidad. Las flores manifiestan la belleza de la vida que queremos compartir, y los alimentos representan el sustento que ofrece la comunidad para acompañar a los más necesitados.



Medicamentos: que serán donados a nuestros hermanos enfermos, signo concreto de nuestra caridad y solidaridad con quienes sufren. Que el Señor bendiga y los haga instrumento de alivio y esperanza, recordándonos el llamado a ser samaritanos que llevan el dolor del otro con amor compasivo.

Pan y vino: Presentamos el pan, fruto del trabajo de la tierra y de nuestras manos, y el vino, fruto de la vid que será signo del amor y la sangre de Cristo. Que al ofrecerlos al Señor, se transforman en alimento para nuestras almas y fortaleza para nuestra vida de fe y servicio.

Oración a Nuestra Señora de Lourdes

¡Oh amabilísima Virgen de Lourdes, Madre de Dios y Madre nuestra! Llenos de aflicción y con lágrimas fluyendo de los ojos, acudimos en las horas amargas de la enfermedad a tu maternal corazón, para pedirte que derrames a manos llenas el tesoro de tu misericordia sobre nosotros. Indignos somos por nuestros pecados de que nos escuches, pero acuérdate que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a ti haya sido abandonado.

¡Madre tierna! ¡Madre bondadosa! ¡Madre dulcísima! Ya que Dios obra por tu mano curaciones sin cuenta en la Gruta prodigiosa de Lourdes, sanando tantas víctimas del dolor, guarda también una mirada de bendición para nuestro pobre enfermo (se dice el nombre). Alcánzame de tu Divino Hijo, Jesucristo, la deseada salud, si ha de ser para mayor gloria de Dios. Pero mucho más alcánzanos a todos el perdón de nuestros pecados, paciencia y resignación en los sufrimientos y sobre todo un amor grande y eterno a nuestro Dios, prisionero por nosotros en los Sagrarios.
Amén.



¿Cómo podemos vivir la jornada mundial de oración por los enfermos?



Visitar hospitales o centros de salud cercanos a las parroquias con participación de sacerdotes, religiosas y laicos. Se sugiere administrar los sacramentos de la penitencia y la unción de los enfermos, concluyendo con la celebración de la Santa Misa en el centro de salud.



Celebrar la Santa Misa con motivo de la Jornada Mundial del Enfermo, invitando a las familias a llevar a sus enfermos. Se recomienda administrar el Sacramento de la Unción de los Enfermos.



Realizar charlas formativas sobre salud preventiva, para que la comunidad conozca estrategias de cuidado y acompañamiento.



Propiciar espacios de adoración eucarística y del rezo del Santo Rosario ofrecido por nuestros hermanos enfermos.



Realizar campañas solidarias de recolección de medicinas, alimentos y artículos de higiene, destinados a personas enfermas y familias en situación de vulnerabilidad.